

LA PEREGRINACIÓN DE UN PUBLICISTA NAVAL

José Manuel GUTIÉRREZ DE LA CÁMARA SEÑÁN

Cuando era alférez de navío tuve la osadía de pretender escribir un libro, ¡Santa Inocencia!. Mi inquietud, propia del empleo y la edad, no me permitía ver el terreno en que me metía. Lo que sigue a continuación merece el título de una obra del almirante Alfred Browne Cunningham: “A Sailor’s Odyssey”, naturalmente salvando las distancias con este insigne marino con el que tan solo me atrevo a comparar el título de la obra con el de este modesto artículo en el que narro mi odisea particular desde mi juventud como oficial de la Armada. Después de leer estas líneas creo que todos los que tengan la paciencia de seguirlas estarán de acuerdo en que al menos tenacidad no me ha faltado, sin duda acompañada de grandes dosis de temeridad, pero me han permitido ya de capitán de navío en la reserva y a punto de alcanzar el retiro, ver publicado el libro que empecé a escribir entonces y que verdaderamente es el resultado de toda una vida dedicada a pensar como la mar, aliada de la historia, influyó en el diseño, en la razón de ser, de uno de los tipos de buques más hermosos y efectivos que la surcaron.

En aquellos tiempos estaban de moda los libros de acorazados y de portaaviones pues no había pasado mucho tiempo desde el final de la Segunda Guerra Mundial y el segundo había desbancado al primero en el papel de “capital ship”. Los libros referentes a acorazados y portaaviones eran muy abundantes, en vista de lo cual tenía que buscar algo más original, por eso me centré en el crucero, tipo de buque más modesto, pensando que casi nadie había escrito sobre cruceros. En mi lógica de entonces me pareció lo más propio escribir un libro titulado HISTORIA DEL CRUCERO y mi audacia como escritor principiante me llevó a acometer la tamaña empresa prácticamente sin ningún conocimiento sobre el tema, pensando en que me iría documentando a medida que escribiera. No se me ocurrió que el proceso debería haber sido el contrario, es decir, escribir sobre algo que se domina, pero me di cuenta de esto cuando ya llevaba bastante avanzado el trabajo. Sin embargo, como el tema era entretenido y me gustaba, me fui comprando libros que trataban sobre cruceros, leí mucho sobre las dos Guerras Mundiales, y así me fui enterando poco a poco de que había barcos que se dedicaban a hacer “misiones de seguridad”, que complementaban las que llevaban a cabo los grandes buques de combate. Descubrí que las misiones de seguridad venían de antaño, de la época del remo y de la vela, que lo que hacían los cruceros, lo habían hecho antes las galeotas, las fragatas y las corbetas. De este modo, me fui familiarizando con los antecedentes.

Más tarde caí en la cuenta de que puesto que los cruceros tenían posibilidades de enfrentarse con sus homónimos enemigos, debían contar con armamento para suplir tal eventualidad, y además, al estar integrados en las flotas, también tenían que tener su misión en el combate. Esto daba

mucho más juego a mi empresa pues me permitía investigar y describir batallas navales, que era lo que en el fondo me atraía.

Poco a poco fui conociendo a los cruceros protegidos, a los cruceros con cintura y a los cruceros acorazados, estos últimos clasificados en tres clases en función del tonelaje y dentro de cada clase existía otra clasificación en función de la protección.

Por fin llegué al crucero de combate, y al abordar este punto fue como si “se me cayera la venda de los ojos”, pues descubrí un mundo nuevo al caer en la cuenta de que estos desempeñaban papeles de principales protagonistas de las batallas. Por lo tanto, lo que yo había tomado como un buque insignificante en el que nadie había intentado profundizar resultó tomar una deriva para mí insospechada que lo transformaba en el auténtico protagonista de muchas gestas.

En definitiva, iba aprendiendo muchas cosas a medida que iba escribiendo, pero el extraño y probablemente ilógico proceso en el que me había embarcado, a la larga fue dando sus frutos, pues de él se derivaron una serie de consecuencias paralelas tales como familiarizarme con la guerra naval, aficionarme a escribir y aprender a hacerlo a máquina, aunque con las lógicas limitaciones.

Ni corto ni perezoso, en cuanto tuve lista mi HISTORIA DEL CRUCERO la envié a la Editorial Naval. Algo después me piden una copia con el fin de agilizar el análisis, lo que no fue un inconveniente pues había tenido la precaución de hacer original y dos copias, ya que en aquellos años no había ordenador ni existían las fotocopiadoras. Unos meses más tarde me devolvieron el libro con un informe de la Escuela de Guerra Naval en el que me señalaban una serie de correcciones que mejorarían notablemente la obra. El Director de la Escuela de Guerra consideró muy conveniente que se me animase a efectuarlas, con el fin de fomentar las escasas vocaciones de publicistas navales.

Transcurridos unos meses, una vez efectuadas las correcciones vuelvo a enviar el libro, que otros meses después me es devuelto con un informe de la propia Escuela de Guerra que dice: “Sin dejar de reconocer el trabajo efectuado por el autor y su indudable vocación, que conviene alentar y facilitar, dada la conveniencia de que la Editorial Naval publique libros y trabajos referentes a la Marina, en todas sus manifestaciones, y además por la real escasez de obras consagradas en nuestro país a estos temas, no haya más remedio que declarar que, analizada detenidamente la obra de referencia, ofrece a juicio de los informantes las siguientes imperfecciones:.”

Las imperfecciones eran muchas, y probablemente fueron bastante benevolentes conmigo, no obstante se me animaba a que las hiciese, y como soy tenaz me dispuse a llevarlas a cabo, aunque para ello casi tuve que dar la vuelta al libro o tal vez sea más preciso si digo que llegué a la conclusión de que debía escribirlo de nuevo. Comienzo así cambiando el título de HISTORIA DEL CRUCERO por el del EL CRUCERO, BUQUE DE GUERRA, pues ahora me centro más en los combates navales que marcan el signo de su evolución. Al año siguiente vuelvo a mandar mi libro después de corregir todo lo que se me había dicho.

Unos meses después me contestan que debido a la precaria situación por la que atraviesa la Editorial Naval, la Sección de Inteligencia del Estado Mayor de la Armada ha decidido que el trabajo quede pendiente de publicar hasta que mejore el fondo de la misma y se pueda financiar la edición.

Dadas las circunstancias me dispongo a esperar y después de un tiempo más que prudencial, al menos dos años, tengo una conversación con el Director de Editorial Naval, que me dice que ya ha mejorado la situación económica y que escriba una carta interesándome sobre la situación del libro. Así lo hago, y telefónicamente me piden otro ejemplar para acelerar los trámites de nuevo. ¡Inocente de mí que envió el único que me quedaba!. Seguían sin existir las fotocopadoras. Pasaron los años y no tuve noticias del libro. Varias veces intento hablar con el Director de la Editorial Naval al que llamo con discreta prudencia, pero me da largas o no me contesta. Le pongo un escrito y tampoco obtengo contestación.

Empiezo a sospechar que pasa algo raro, en vista de lo cual escribo una carta a un antiguo comandante mío que entonces estaba de Ayudante Mayor del Cuartel General para que indague la realidad de lo que está pasando. Así lo hace y después de sus gestiones le comunican en la Editorial Naval que el libro en cuestión no aparece por ninguna parte.

Ante tal contratiempo, escribo al Director de la Editorial Naval solicitando de manera más formal, es decir, en forma de instancia, que me sean devueltos los ejemplares de mi libro. Como no se me contesta, transcurrido un tiempo reitero la instancia. Ante la insistencia me llama por teléfono a mi destino diciéndome que le mande el original, que me lo publicaría de inmediato ya que están en buena situación económica. Le digo que el original me lo pidió él, así como fotografías y gráficos originales. Me pregunta si tengo un borrador y le digo que tengo algunas anotaciones y las versiones anteriores del libro pero me llevaría tiempo reconstruirlo y además me supondría gastos porque tendría que contar con un mecanógrafo, pues mis habilidades con la máquina son muy limitadas. Me dice que no me preocupe que la Editorial Naval se hará cargo de los gastos, pero con los precedentes le digo que no me lanzo a la reconstrucción hasta que me lo ponga por escrito, pues no me quiero llevar más sorpresas.

Me ponen por escrito lo que se refiere a los gastos, aunque no el compromiso de la publicación, pero como no me gusta dejar los proyectos a medias y además, en el intervalo desde que mandé el libro por última vez había adquirido muchos más conocimientos sobre cruceros, volví a escribir el libro y creo que mejorándolo bastante. Su nuevo título era "CRUCEROS EN ACCIÓN", pues ahora hablaba del crucero de una manera mucho más dinámica, fundamentándolo en los combates navales en los que había participado de manera más destacada. Cuando lo terminé lo envié de nuevo y esta vez tuve la precaución de hacer más copias. Seguían sin existir las fotocopias, al menos que yo supiera.

Como transcurre el tiempo y no tengo la más mínima noticia del libro, vuelvo a escribir al Director, haciendo hincapié en que la única razón que

me llevó a hacer el esfuerzo de escribir el libro de nuevo fue que me aseguraron su publicación.

Me contestan que el Director someterá al Estado Mayor de la Armada la conveniencia de editar mi libro y éste dará la prioridad que estime oportuna, ya que existen otros libros, declarados de utilidad para la Armada, pendientes de publicar. Y como colofón me añaden que, como ya se, ¡no se porque lo tendría que saber! la Editorial Naval no había publicado ningún libro desde hace varios años. Al final me añaden que parece indiscutible que yo estoy en mejores condiciones porque en la propuesta que la Editorial Naval haga al Estado Mayor de la Armada se hará constar que mi libro no ha sido publicado en su día atendiendo a razones económicas, que ahora no son las mismas.

Pasa el tiempo y al no tener noticias, y una vez enterado de que la asignación de prioridades para la publicación de libros corresponde al Almirante Director del Instituto de Historia y Cultura Naval, le escribo una carta contándole mi largo periplo con el fin de conseguir un punto de apoyo, pues ya son nueve años de proceso dilatado por causas ajenas a mi voluntad.

El almirante me contesta con una carta muy cariñosa felicitándome por el libro y alegrándose por el interés que para él tiene el promover la investigación de jóvenes oficiales. Sin embargo, me manifiesta que la Editorial Naval está empeñada y el Instituto no cuenta de momento con medios para la edición y me aconseja que me dirija a la Editorial San Martín y me brinda su apoyo a través de las relaciones que existen entre la Editorial Naval y la referida editorial.

Acepto de muy buena gana el ofrecimiento que me hace el almirante, que incluye la copia de una carta que ha enviado a la Editorial San Martín en la que se refiere al interés de mi libro y la recomendación de que me dirigiese a ellos, dadas las circunstancias por las que está pasando nuestra editorial.

Siguiendo los consejos del almirante, a finales de 1980 entregué el libro en la citada Editorial, con la esperanza de que esta vez las cosas tomasen otro rumbo, pero me equivocaba. En febrero del año siguiente, me dirijo por carta al Director para indagar alguna noticia, que no me llega, y a finales de mayo de 1982, dado el tiempo transcurrido sin noticias, vuelvo a solicitar información sobre el esperado análisis del libro, pero tampoco en esta ocasión tengo noticias, lo que me sentó muy mal pues aunque solo fuese por la carta de presentación del almirante y las dos enviadas por mi creo que al menos merecía una contestación por parte del Director de la Editorial. Todos estos contratiempos me llevaban a pensar que el libro debía ser muy malo, pero como yo estaba poniendo toda la carne en el asador no me di por vencido. Así que tras un trato tan descortés interesé la devolución del libro, que volvió a mi poder.

El prematuro fallecimiento de mi mujer, en julio de 1982, me apartó de toda actividad que no fuese la dedicación a mis hijos y el desempeño de mi destino, por eso el libro quedó aparcado hasta 1985. En este intervalo estuve reflexionando sobre el tratamiento que había que darle para que me lo publicasen, llegando a la conclusión de que había que hacerlo más

ameno, procurando evitar los detalles técnicos en exceso, reduciendo la extensión de la evolución histórica y ampliando la parte dedicada a combates navales, procurando amenizarlos con datos biográficos de los almirantes participantes, analizando más que describiendo el desarrollo de los combates y dedicando una extensión mucho mayor a la parte referente a los Cruceros de Combate, de los cuales había muy poca bibliografía. Por eso le cambié el título de nuevo por el de CRUCEROS DE COMBATE EN ACCIÓN, mucho más preciso y apropiado.

Me sentí muy satisfecho con este planteamiento, pues, al fin y al cabo, yo soy Oficial de Marina y no tengo el más mínimo interés en asumir el papel de historiador, lo cual no quiere decir que el contenido tenga que carecer de rigor histórico, pero prefiero orientarlo hacia el fomento del conocimiento del mar y de la Armada. Nuevamente me volví a ilusionar con la nueva redacción, incluso llegué a publicar dos capítulos en la Revista de Historia Naval, que salieron a la luz, el primero titulado DE LA PRIMITIVA FRAGATA AL CRUCERO DE COMBATE, y el segundo LOS CRUCEROS POST JUTLANDIA. Era lo primero de mi libro que veía publicado desde que empecé a escribirlo de alférez de navío. No era mucho, pero para mí era muy importante. Por entonces ya era un veterano capitán de corbeta.

En el Museo Naval conseguí muchas fotografías de Cruceros de Combate y después, durante mi mando del “Contraalmirante Casado”, dediqué bastantes ratos libres en la soledad del Arsenal de La Carraca a la mejora de mi libro. Por eso cuando terminé el mando volví a presentar el libro a la Editorial Naval, esperando que esta vez, con la gran transformación efectuada en su estructura y contenido, las cosas fuesen de otro color. Esto ocurría por septiembre de 1988.

Me informan de la existencia de una Junta que se reúne de tarde en tarde y la preside el Almirante de Personal para decidir, entre otras cosas, el orden de prioridad para la publicación de los libros presentados. Espero con ansiedad la próxima Junta y me informan que todos los libros seleccionados son los declarados “de utilidad para la Marina”. Ahí veo una puerta cerrada porque me cuesta mucho trabajo creer que un libro sobre Cruceros de Combate pueda ser declarado de utilidad para la Marina, cuando la Marina Española nunca contó con unidades de este tipo, pero el ya tristemente fallecido y querido capitán de navío D. Enrique Manera Bassa, que se había leído mi libro me anima mucho a solicitar la “declaración de utilidad”, entre otras cosas porque piensa que lo van a enviar a su Sección para que informe y tiene intención de hacerlo favorablemente pues un oficial de la Armada ha de poseer conocimientos fundamentados de todo lo que tiene o ha tenido peso específico en el combate naval.

En vista de lo cual me animo a iniciar el expediente, pero las cosas no son como parecen, y lo mandan a otra Sección que no tiene nada que ver con la prevista. El informe de esta Sección es desfavorable a mis pretensiones fundamentalmente por el contenido, pero además el informe va acompañado de una serie de “lindezas” relacionadas con mis audaces

pretensiones que hubieran echado para atrás al más pintado. Sin embargo, tengo unas espaldas anchas y soporto el palo estoicamente.

Estando en estos trances, un día apareció por mi Sección el entonces capitán de navío D. Rafael de Morales Romero, por el que tengo un gran afecto desde mis primeros tiempos de oficial cuando me destacaron a mandar una sección de marinería en su compañía en el desfile de la Victoria en Madrid. Le conté mis avatares y le sentó muy mal el informe que me habían dedicado, que se tomó como cosa personal, pues me consta que me aprecia bastante. Se llevó una fotocopia del libro ¡ya habían aparecido las fotocopadoras!, y me hizo algunas sugerencias, que tuve en mucha consideración y me ayudaron bastante a mejorarlo. Además, aceptó encantado mi solicitud de escribir el prólogo cuando se fuese a publicar el libro, aunque, como se verá, le hice esperar todavía unos años.

Por el año 1990, intenté directamente que fuese publicado por la Sección de Publicaciones del Ministerio de Defensa, pero tampoco tuve éxito. Al parecer los Cruceros de Combate no tenían mucho interés.

Por fin en el año 2000, diez años más tarde, el Almirante Director del Instituto de Historia Naval, D. José Ignacio González-Aller Hierro, decidió, previa aprobación por la Junta de Gobierno, publicar mi libro como Cuaderno Monográfico. Me puse contentísimo porque ya veía una salida, pero la publicación se fue retrasando, pues había una cola de libros pendientes en la imprenta, pero todo llega, y a finales del 2006 pude ver publicado mi trabajo.

Desde aquí quiero agradecer a tantos buenos amigos y compañeros, cuya lista sería interminable, el interés que se tomaron en ayudarme a conseguir mi objetivo, que vi coronado por el éxito de lograr su publicación después de tantos años. En cuanto al contenido yo solo puedo decir que lo hice lo mejor que pude y que sean los lectores los que lo juzguen.

Puede parecer a la vista de toda esta larga secuencia de hechos que ha sido un esfuerzo desproporcionado para conseguir un trabajo de tan escasas dimensiones, sin embargo yo no lo considero así. Y lo razono porque, como dije al principio del artículo, este proceso me ha proporcionado una serie de frutos paralelos a los que me voy a referir a continuación.

En primer lugar diré que la decisión de escribir el libro me ha obligado a profundizar en la investigación de la Historia Naval desde la perspectiva de un oficial de marina, a analizar con detalle combates navales, lo que me ha permitido estudiar en que condiciones tomaron decisiones almirantes que tuvieron en sus manos los destinos de la humanidad. Y eso siempre es instructivo, aunque uno no vaya a tener jamás responsabilidades de ese calibre, pero no cabe duda que las decisiones en momentos difíciles de personas de reconocida categoría siempre enseñan.

En segundo lugar, este trabajo continuado a lo largo de los años me ha despertado la afición a compartir mis conocimientos, y así, con mejor o peor redacción, me ha permitido plasmar mis ideas en una serie de publicaciones de carácter naval y profesional e histórico como la Revista

General de Marina, la Revista de Historia Naval, y otras revistas de la Armada de carácter más específico como por ejemplo, el ya inexistente Boletín de la Escuela de Armas Submarinas “Bustamente”.

Asimismo, esa inclinación a escribir que debo a los cruceros, me ha permitido publicar un libro en la Colección Bazán titulado “La Marina Española contra la piratería berberisca”, lo que agradezco mucho a la Empresa Navantia, que lo acogió con gran interés desde el momento en que lo presenté, poniendo de manifiesto, como ya lo ha venido haciendo en otras ocasiones, una acusada sensibilidad hacia los temas histórico navales y a las importantes consecuencias que de ellos se pueden derivar. Tras el largo proceso sufrido por el libro de cruceros, para mi constituyó una agradable sorpresa el ver publicado este segundo libro sin problemas. Ciertamente es que este libro sobre la piratería berberisca lo preparé siendo ya capitán de navío en situación de reserva, lo que significa que lo había escrito con la experiencia de todos los años que dedique a mi libro de cruceros, por lo que no es comparable una historia con otra.

Esta larga peregrinación, como título a este artículo, me ha dado mucho que pensar. A pesar de ver ahora mi libro publicado, reconozco que ha habido varias ocasiones en que estuve a punto de “tirar la toalla”, cosa que no hice porque soy bastante tozudo y porque hubo personas que siempre me animaron a seguir. Por eso ahora, al verlo publicado siento una gran satisfacción. Todo ello me ha llevado a recapacitar sobre las frustraciones que nos podemos llevar cuando se ve que un trabajo al que se ha dedicado tanto esfuerzo puede acabar si no, “arrojado por la borda”, al menos, “sin hacerse a la mar”. Por eso, ahora que por probablemente inmerecidas circunstancias he pasado a formar parte de un foro que trata sobre el Pensamiento Naval, en el que se analizan una serie de trabajos que tienen por objeto ser publicados en unos Cuadernos que periódicamente acompañan a la Revista General de Marina, soy absolutamente cuidadoso en el sentido de no vetar, en la medida de mis limitadas posibilidades, nada que pueda ser aprovechable. Casi nunca llega nada de lo que se pueda decir que merece una enmienda a la totalidad, la mayoría de los artículos tienen un elevado porcentaje aprovechable y hay que sacarles todo el partido posible. A veces con un ligero recorte, otras con un cambio de matiz o de orientación, naturalmente siempre indicados para que sea el propio autor el que los lleve a cabo si le parece oportuno, se pueden aprovechar colaboraciones muy valiosas cuyo único inconveniente suele ser, en principio, el grado de énfasis que se pone en determinados aspectos.

Al margen de lo anterior, quiero decir que acabo de tener una gran satisfacción al recibir la última Revista General de Marina, en la que viene una reseña sobre mi libro CRUCEROS DE COMBATE EN ACCIÓN, llevada a cabo sin lugar a dudas por alguien que me quiere y que conoce el continuado esfuerzo de tantos años para que el libro viese la luz, que pone de manifiesto cuando menos el cariño y dedicación que a su confección, y posterior publicación he dedicado. Gracias de todo corazón querido amigo.

Quisiera resumir este ya largo artículo en una breve frase:

“La inquietud, la constancia y el saber pedir consejo dan frutos que benefician a los que componemos las Fuerzas Armadas. A veces, hay que esforzarse por vencer barreras, unas veces impuestas por las circunstancias y otras por las personas que, aún con la seguridad de que actúan con la mejor intención, no valoran el esfuerzo que puede haber detrás de un trabajo, que solamente el que lo lleva a cabo conoce.”